

logy and cultural interaction" p. 11-40; Paul Gendrop: "Algunos aspectos sintéticos del libro" "Los estilos Rio Bec, Chenes y Puuc en la arquitectura maya" p. 41-50; Lawrence Mills: "A study of carved columns associated with Puuc architecture, a progress report", p. 51-56; Ramón Carrasco y Sylviane Boucher: "Nuevas perspectivas para la cronología y el estudio de la arquitectura en la región central de Yucatán", p. 57-68; Antonio Benavides y Linda Manzanilla: "Unidades habitacionales excavadas en Cobá, Q.R.", p. 69-76.

La superposición de edificios se revela como un método preciso para el fechamiento, pero no es único.

Joseph W. Ball ("Summary", p. 85-88) expresa sus enormes dudas sobre la validez del Carbono 14 para el *mayab*. Creemos que acierta cuando afirma que los márgenes de error que este procedimiento maneja son excesivamente amplios para un período de tiempo tan reducido como es el florecimiento de la cultura maya, en el que 50 años de más o de menos son muy importantes.

William J. Folan (Flora, fauna e hidrología: "la paleoclimatología de Dzibilchaltún, Yucatán, y sus alrededores" pp. 77-84) relaciona los períodos de auge y retroceso del desarrollo de Dzibilchaltún con cambios climáticos en la región. La hipótesis es interesante, siempre que no se caiga en un excesivo determinismo, pero no puede hacerse extensible a la totalidad de la región. Funciona para la parte noroeste de la península de Yucatán, la más seca, en la que una pequeña variación, sobre todo en la pluviosidad, puede tener

efectos catastróficos. El avance o el retroceso de una isobara acarrea la abundancia o el hambre en las zonas de tensión climática, como es la región de Dzibilchaltún y eso repercute en la flora y en la fauna, incluida la humana. Este tipo de variaciones climáticas fue estudiado por Pedro Armillas para la frontera norte de Mesoamérica (1) y el análisis puede ser aplicado a las zonas más secas del *mayab*.

La gran extensión del área favorece la producción de procesos locales asociados a condiciones particulares. Es necesario el estudio pormenorizado de los centros mayas, pero también es imprescindible que los mayistas hagan el esfuerzo de sacar, siquiera sea de vez en cuando, la cabeza del apasionante mundo en el que se encuentran inmersos, y ver qué ocurre u ocurrió en lugares próximos o distantes, tanto en el espacio como en el tiempo: aplicar nuevas fuentes de luz puede revelar detalles ocultos y panoramas desconocidos. Nada debe ser ajeno, y ésta fue una de las ideas que dieron lugar al simposio que ahora se publica:

"...la no conformidad intelectual de algunos mesoamericanistas no especializados en el área maya norte, pero atentos al desarrollo de los estudios que tratan de esta región".

(D. Michelet, "Prefacio", p.3).

Ochenta y ocho páginas, ilustradas profusamente, niegan el derecho a esconderse en la consabida "falta de tiempo". Léanlo, y si no están de acuerdo, tanto mejor. De la divergencia saldrá el progreso.

José Luis de ROJAS

BARRERA RUBIO, Alfredo (Editor): *El modo de producción tributario en Mesoamérica*, Escuela de Ciencias Antropológicas, Universidad de Yucatán, Analté 3, Mérida, 1984, 375 páginas.

Este libro reúne diecisiete artículos que fueron en su día comunicaciones al "Simposio sobre el Modo de Producción Tributario en Mesoamérica", celebrado en el auditorio de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán, en la ciudad de Mérida. Si nos atenemos a la fecha de ese simposio (del 12 al 16 de noviembre de 1979), todo parece indicar que se trataba de conmemorar el centenario de la muerte de Carlos Marx en 1983, momento en el que la obra hubiera debido aparecer con los resultados de las discusiones científicas. Pero si nos fijamos mejor en la trayectoria profesional de algunos de los destacados an-

tropólogos yucatecos que intervinieron en el evento, llegamos a concluir que, lejos de cualquier oportunismo, por justificado que estuviese, este libro es la consecuencia lógica de la orientación teórica de numerosas personas que llevan años empleando el marxismo como procedimiento idóneo de análisis de la realidad que estudian. Es el caso indudable de Alfredo Barrera Rubio, cuyo empeño por impulsar la investigación de la teoría de Marx respecto a las antiguas sociedades de la península de Yucatán es bien conocido de sus lectores y amigos. Por eso la obra que comentamos es, ante todo, un signo de madurez, y como tal debe

recibir de antemano nuestros parabienes. Ahora que se hace *vox populi* esa frase reaccionaria y escasamente original de "Marx ha muerto", cuando partidos políticos e intelectuales de toda laya se alejan del marxismo porque "está pasado de moda" o porque "está agotado", cerrando filas a menudo con los intereses del neocolonialismo más ramplón y del capitalismo más intransigente, la publicación de libros de esta clase, inteligentes y oportunos, hechos con entusiasmo y sensibilidad, vuelven a convertir en bueno aquello de que "los muertos que vos matáis gozan de buena salud". Que el marxismo es todavía —con toda la cirugía crítica que se desee o se necesite— un excelente método de trabajo en ciencias sociales, resulta evidente para quien aborde sin prejuicios la tarea de juzgar los avances recientes en disciplinas como la antropología cultural o la sociología. Ahora se trata de ampliar sus posibilidades en la historia antigua de América y en el vasto dominio de la arqueología del Nuevo Mundo.

Y a ello se dedican los ensayos del libro editado por Alfredo Barrera. Por supuesto, como suele suceder en obras de múltiples autores, la calidad es desigual: frente a trabajos sólidos y rigurosos, como el de Teresa Rojas o el de Ludka de Gortari, y otros de gran originalidad, como los de Juan Manuel Pérez y Juan Ramón Bastarrachea, o verdaderamente exhaustivos como el de Alfredo Barrera mismo, hay los que pueden calificarse de intrascendentes, superficiales o livianos. Pero me atrevería a decir que todos ellos están pletóricos de vocación, es decir, de juventud y entusiasmo, y este factor lima bastante los desaciertos que se quieran encontrar. De hecho, lo que el libro viene a demostrar es su propia plausibilidad, que con el modelo Modo de Producción Asiático —nombre que yo encuentro muy preferible al de Tributario— es posible una aproximación fructífera al estudio de las viejas culturas de Mesoamérica, que existen muchas y buenas razones para seguir explorando la teoría marxista, y que historiadores, etnólogos y arqueólogos mexicanos están comprometidos en número apreciable en la labor de construir explicaciones alternativas a las del funcionalismo al uso. Hasta el veterano Alberto Ruz Lhuillier se dejó llevar de esta tendencia y escribió poco antes de morir un breve ensayo para ser leído en el simposio de Mérida sobre el Modo de Producción Tributario en el área maya.

No cuento ahora con espacio para comentar como quisiera, minuciosamente, una obra de las características apuntadas. Opino, no obstante, que es solamente el comienzo, que los trabajos que la componen

aportan indicios y pistas pero no resultados definitivos, que es necesario profundizar el análisis de la superestructura, y muy especialmente de la religión prehispánica, antes de lanzar las campanas al vuelo afirmando la identificación del modelo en uno u otro lugar de la superárea. Como yo mismo me he sentido desalentado luego de escribir un libro sobre el Modo de Producción Asiático entre los mayas clásicos, pues parece que tras el recuento de los rasgos sobresalientes el camino a seguir se convierte en oscuro laberinto, comprendo muy bien las dificultades de ir más allá elaborando y adquiriendo una realidad tan compleja a la luz de fragmentos documentales y limitados vestigios encontrados en las excavaciones, pero el objetivo que los estudiosos del MPA deben lograr es hacer del modelo de Marx un paradigma historiográfico, un estadio de la evolución de las sociedades, un ejemplo típico de los procedimientos comparativos, una manera coherente de entender determinadas culturas del planeta, una explicación para algunas manifestaciones extrañas o aparentemente contradictorias, un modo de pensar, en fin, en las multifacéticas soluciones que el hombre ha adoptado para resolver los problemas de la subsistencia y el orden de la vida colectiva. En la medida en que el libro de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán se acerca a tales propósitos a lo largo de muchos pasajes, o en la intención explícita de algunos autores, merece nuestra consideración. Es, por tanto, una obra absolutamente recomendable.

Miguel RIVERA DORADO